

Del odio al amor: el MNR en la visión de las elites bolivianas (1942 – 2002)

Salvador Romero Ballivián

En 2002, sesenta años después de su fundación y medio siglo después de la Revolución Nacional, el MNR volvió a imponerse en una elección presidencial y su candidato, Gonzalo Sánchez de Lozada, asumió la presidencia de la República. A lo largo de estas décadas, la imagen del MNR ha conocido muchas transformaciones, ha modificado sus bases de apoyo, ha ocupado distintas casillas en la lucha partidaria. Es, sin duda, el partido más relevante de la segunda mitad del siglo XX.

El objetivo de este artículo es abordar una pequeña parcela de esa historia, hasta ahora no estudiada de manera sistemática: la visión del MNR en las elites bolivianas, a través de un trabajo cualitativo, a partir de entrevistas semiestructuradas a 37 personas en La Paz, Cochabamba y Santa Cruz, de memorias y autobiografías, de documentos privados como cartas, y de una metodología cuantitativa gracias al análisis de los resultados electorales.

Este texto es parte de una investigación más amplia, dedicada a la socialización política y a las trayectorias electorales de las elites de La Paz, Cochabamba, Santa Cruz, cuyo financiamiento principal corrió a cargo del Programa de Investigaciones Estratégico de Bolivia (PIEB) por ser uno de los proyectos ganadores de la II Convocatoria para investigadores jóvenes, y que fue publicada por Fundemos y la Fundación Hanns Seidel¹.

El artículo sigue como eje argumental la transformación de la imagen del MNR en la elite boliviana. De una reacción de rechazo y de oposición, iniciada con los fusilamientos de destacados políticos en Chuspipata y Oruro en 1944, durante el gobierno de Gualberto Villarroel, y acentuada durante la revolución de 1952, a una admiración y compromiso a partir del viraje liberal encabezado en el último gobierno de Víctor Paz Estenssoro en 1985. Esa simpatía creciente culminó en 2002, cuando se abre probablemente una tercera etapa, signada por las dudas y el temor.

1.- El Movimiento Nacionalista Revolucionario: la inmensa sombra de 1952

Por su dilatada trayectoria y por las numerosas oportunidades en que ejerció el poder, introduciendo cambios significativos en la historia nacional, el Movimiento Nacionalista Revolucionario ocupa un lugar básico, positivo o negativo, en las opiniones políticas de los ciudadanos. Todos los entrevistados tienen un juicio formado sobre ese partido y sobre sus principales dirigentes.

Su estudio requiere varios cortes. El primero viene de la imagen que proyectó el MNR en sus primeros años hasta la revolución de 1952 incluida, el otro se inició con el viraje liberal de 1985, sin duda, hay una tercera fase, abierta en 2002, pero aún sin los suficientes elementos de interpretación. Para el primer período, sus dos caras vienen dadas por un reconocimiento a las transformaciones socioeconómicas, políticas y culturales que generó, y por la

¹ Salvador Romero Ballivián, Razón y sentimiento (la socialización política y las trayectorias electorales en la elite boliviana). La Paz: Fundemos, 2003, 304 p. En ese libro, se encuentran detalles adicionales sobre los alcances y la metodología de la investigación.

violencia, el autoritarismo con que empleó para acceder y mantenerse en el gobierno. Sus defensores subrayan la magnitud de las reformas y minimizan la arbitrariedad en el uso del poder o el descontento en algunas capas que vieron afectados sus intereses. Sus críticos, en cambio, insisten en el costo de las persecuciones políticas y, sin ignorar las transformaciones, les encuentran defectos de filosofía o de aplicación, es decir inscriben los resultados en el pasivo.

Antes de abordar el momento decisivo en la imagen del MNR, la revolución de 1952, es conveniente subrayar que ese partido ya llegó al poder con una reputación difícil.

Para los adversarios del MNR, los motivos de reproche han sido muchos: en los años 1940, las supuestas vinculaciones de los líderes del MNR con el nazismo, el fusilamiento de connotados adversarios en Chuspipata y Oruro en noviembre de 1994 durante el gobierno de Villarroel del cual formaba parte el MNR. Sobre el primer tema, la sindicación ha sido constante, y se forjó al calor de la intensa lucha política, cuando los adversarios de Villarroel y del MNR se estrellaron contra los “discípulos de Hitler y Mussolini”² o procedieron a comparar los programas del MNR y del Partido Nacional Socialista Alemán³. Esa denuncia continúa figurando en un lugar destacado para quienes combatieron en esas épocas, como prueban las memorias de Alberto Crespo o de Luis F. Guachalla. El primero escribe: “Apareció en Bolivia lo que más tarde se llamaría Movimiento Nacionalista Revolucionario que desde las columnas de su diario *La Calle* defendió las causas del nazi – fascismo. Se ha establecido documentalmente que sus dirigentes eran estipendiados por Alemania”⁴. Guachalla consigna: “El MNR estaba catalogado, con acopio de información que sorprendería a cualquier boliviano por completas, como agrupación de filiación nazifascista”⁵. Casi es innecesario subrayar que la acusación de “filiación nazifascista” constituía una denuncia muy grave en los años que coinciden con el final de la II Guerra Mundial: en vastos sectores de la elite, esa asociación implicaba la total ilegitimidad política del MNR.

Los fusilamientos de Chuspipata y de Oruro afectaron la imagen del MNR, supusieron una práctica extraña en el país, más acostumbrada al destierro de los opositores que a su asesinato, a masacres colectivas, fruto de combates muy desiguales, que a asesinatos selectivos. Los asesinados tenían una amplia trayectoria política, como Carlos Salinas A., ministro, embajador y jefe del Partido Socialista, Luis Calvo ministro, senador y alto dirigente del republicanismo, Félix Capriles senador, Demetrio Ramos, general de Ejército. Tan fuerte fue el impacto de los fusilamientos, que tal vez por primera vez en la historia republicana, mujeres de clase alta se lanzaron a las calles para una actividad política sostenida, hicieron una oposición sin concesiones a Villarroel,

² Pedro Zilveti, *Bajo el signo de la barbarie*. Buenos Aires: Orbe, 1946, p. 66.

³ Alberto Ostria, *Una revolución tras los Andes*. Santiago: Nacimiento, 1944, p. 119 – 121.

⁴ Alberto Crespo, *tiempo contado*. La Paz: Juventud, 1989, p. 69.

⁵ Luis Fernando Guachalla, *La democracia puesta a prueba*. La Paz: Huellas, 1999, p. 5.

distribuyendo almuerzos en las zonas populares, arengando a las masas, encabezando manifestaciones⁶.

Algunos líderes del MNR manifestaron su reprobación a los fusilamientos, como Siles⁷, otros se mostraron más cautos o apoyaron la medida. En uno de los pocos pasajes fríos de sus *Memorias*, J. Lechín da una importante clave para entender la resonancia que tuvieron esos asesinatos en la elite: “Los conspiradores fueron masacrados en Chuspipata y Oruro por determinación de oficiales de RADEPA. Por primera vez los muertos no eran del lado de los pobres⁸”.

Las acusaciones sobre los vínculos entre el MNR y el nazismo eran suficientes para que sus adversarios lo desacrediten y para que sus jóvenes simpatizantes se inquieten puesto que el estigma nazi resultaba muy difícil de llevar luego de la II Guerra Mundial. Así se vivieron esas acusaciones desde las dos orillas.

“Yo siempre he sido antimovimientista (...) Había que buscar una alternativa que impida que los movimientistas -que eran nazis, porque eran nazis, estaban financiados por Alemania- conquisten el poder”.

H., Potosí, 1924, abogado, 1947⁹

“Le dije [a Siles] la preocupación que yo tengo es esta sindicación –no sé si utilizaría entonces esas palabras- es que el MNR es nazi, que tenemos una enorme influencia de los nazis alemanes, que nuestros principios están basados en el nazismo”.

H., Cochabamba, 1932, economista, 1956

La revolución de 1952 pudo empezar como uno de los tantos golpes de Estado que conoció el país hasta ese momento pero pronto quedó claro que sus alcances eran distintos. En palabras de Carlos V. Aramayo, uno de los tres grandes exportadores de minerales de Bolivia, “Paz Estensoro retornó a La Paz y en su primer discurso declaró que procedería de inmediato a expropiar y nacionalizar a las tres grandes compañías mineras. Eso parecía tan utópico que no asigné mucha importancia a sus palabras”¹⁰. Sin embargo, el MNR sí procedió a nacionalizar las minas, además de ejecutar la reforma agraria que entregó las grandes extensiones patronales a los campesinos, el sufragio universal que abarcó también a los analfabetos¹¹, una reforma educativa que amplió el universo escolar y el impulso a las actividades económicas del este del país. Se trató de un cambio de alcances desconocidos en el país que provocó un nuevo tipo de denuncia, de signo contrario al anterior: el MNR estaría controlado por corrientes comunistas; en palabras de Hugo Roberts, “¡el

⁶ Ana María Seoane de Capra, “Resistencia e insurgencia: mujeres en Bolivia (1946 – 1952)” en Dora Cajías, Magdalena Cajías, Carmen Johnson, Iris Villegas, Visiones de fin de siglo. La Paz: IFEA, Coordinadora de Historia, 2001, p. 584 – 589.

⁷ Alfonso Crespo, Hernán Siles Zuazo. La Paz: Plural, 1997.

⁸ Juan Lechín, *Memorias*. La Paz: Litexsa, 2000, p. 120.

⁹ Los entrevistados se presentan con los siguientes datos: sexo (H / M), año y lugar de nacimiento, profesión, año de la primera elección.

¹⁰ Alfonso Crespo, *Los Aramayo de Chichas*. Barcelona: Blume, 1981, p. 351.

¹¹ La precisión no sobra: en muchos países donde se consideran que el sufragio universal tiene décadas de práctica esperaron hasta sus transiciones democráticas de fines del siglo XX para incorporar a los analfabetos (Ecuador, Brasil).

ideario nacionalista estaba substituido por extrañas consignas marxistas! Y por último, ex profesamente introducido en el poder, campeaba el “caballo de Troya” de los enemigos comunistas”¹². Si bien la denuncia tuvo escasa audiencia, sirvió para alimentar la suspicacia hacia el primer gobierno de Paz E.

Pocos de quienes vivieron con criterio formado ese momento ponen retrospectivamente en duda la necesidad que tuvo el país de llevar a cabo una transformación radical de sus estructuras: ese sentimiento es reconocido incluso por quienes no simpatizaron con el MNR en los años 1940 ó 1950. Como escribe Juan Peñaranda, quien escogió irse de Bolivia después de la revolución, “Es absolutamente cierto que algunos de tales cambios eran imprescindibles y, ciertamente, estaban muy atrasados”¹³.

“La revolución del 52 era una necesidad en el país, una necesidad desde el punto de vista económico y social. Viene como consecuencia primero que el área rural estaba manejado antes por los propietarios o aquellos que los llamaron después los terratenientes y que hacían un uso y abuso de la explotación de la tierra a través del campesino que no tenía acceso a nada; el sector minero que estaba absorbido por los tres barones del estaño”.

H., Oruro, 1926, agrónomo, 1951

“Era necesaria porque los oligarcas de aquel tiempo se dividían en dos grupos: el grupo mayoritario, que los han llamado “barones del estaño”, manejaban el gobierno, nombraban ministros, al presidente lo volteaban el rato que querían (...) Han aplastado prácticamente el país y había que botarlos”.

H., Oruro, 1907, ingeniero, 1930.

Las profundas desigualdades, la concentración de la riqueza en pocas manos, una economía poco diversificada explican sin duda esa creencia, fortalecida por la derrota del Chaco, pero también por el exitoso “mito revolucionario” construido e impuesto por el MNR: “No fue sin duda la única revolución que sufrió el país, pero sus actores consiguieron presentarla desde sus inicios como un acto único, como un corte en la vida republicana que la dividía en un antes y un después”¹⁴.

Las divergencias provienen del juicio que se establece sobre la obra revolucionaria del MNR. Dos grandes posiciones se desprenden de las entrevistas que fundan dos memorias colectivas distintas, lo que no es sorprendente: las generaciones pueden dirigirse en masa hacia una dirección pero más a menudo se polarizan y se distinguen alrededor de un acontecimiento simbólico¹⁵. Ambas memorias no se sitúan en el mismo plano, en el país, la crítica y la visión conservadora han gozado de un prestigio, una influencia y una difusión bastante menores.

En efecto, para quienes se identifican con el MNR, las medidas revolucionarias constituyen una obra fundamental en la historia del país, ampliamente benéfica, y las oposiciones pueden ser *comprendidas* con un toque de sorna. No se

¹² Hugo Roberts, La revolución del 9 de abril. La Paz: Burillo, 1971, p. 189.

¹³ Juan Peñaranda, Memorias (1902 – 1957). La Paz: Fundación cultural y educativa La Paz, 2000, p. 301.

¹⁴ Salvador Romero Pittari, “La revolución de 1952: el Mito y el Hecho” en Temas Sociales (24), 2003, p. 21.

¹⁵ Olivier Ihl, “Socialisation et événements politiques” en Revue Francaise de Science Politique, 52 (2 – 3), abril – junio de 2002, p. 142.

desconoce la represión, incluso se reconocen abusos innecesarios, pero en el contexto de la época se considera que la violencia era casi inevitable dados los intentos golpistas de Falange y la necesidad de imponer transformaciones substanciales que encontraban resistencia. Así evalúan la revolución de 1952 dos entrevistados favorables a ella.

“La historia de Bolivia se divide en dos períodos desde la fundación de la República en 1825 hasta el 9 de abril de 1952 en que el país cambia totalmente con todos los elementos de la revolución: la reforma agraria, el voto universal, la nacionalización de las minas (...) Se vuelve otro país, mejor, sin duda mejor (...) Yo estaba en el Colegio San Calixto que era en ese momento un colegio más bien elitista y por lo tanto muchos de mis compañeros eran contrarios a las transformaciones, a los cambios, a casi todos les habían quitado las fincas...”.

H., La Paz, 1946, psicólogo, 1978

“Justa o injustamente, en esto no voy a unirme a los detractores de Paz ni mucho menos, fue un régimen violentamente represivo, fue implacable con sus enemigos (...) Cuando sale toda una clase social exiliada allí es duro y toda otra clase social queda en los campos de concentración, eso es muy duro para el país porque es una misma clase que sólo la mano de hierro de Paz podía haberlo hecho: acabar con 14000 latifundistas no es poca cosa, allí se necesita una mano férrea y un convencimiento y una pasión política como la que tenía Paz E., y gracias a eso se hizo la revolución”.

H., Cochabamba, 1932, economista, 1956

Por otro lado, para los críticos con el MNR, las medidas emprendidas por el gobierno de Paz E., quizá buenas en sus propósitos generales, fueron mal aplicadas y conducidas con violencia.

“[En mi familia] se encontró que la reforma agraria fue un gran disparate porque según se decía en esos momentos volvió las tierras improductivas, el campesino se encontraba en peor situación, que los mineros vivían mucho menos bien a pesar del poder político que tenían, estaban en peores condiciones que en las épocas de la gran minería y lo que más se veía era el abuso político, las cárceles, la represión. Después se pensó que por lo menos la reforma agraria era positiva pero que estaba mal hecha”.

H., La Paz, 1938, filósofo, 1966

La reforma agraria es, entre todas, la medida que hoy suscita más comentarios y análisis, quizá porque fue la que más modificó el tejido social del país, más allá de su aplicación sectorial, supuso, implicó un cambio en las relaciones seculares entre los habitantes de Bolivia. Es interesante notar que en la zona de los valles pervive una concepción especialmente crítica que incluso llega hasta una nostalgia por la época de la hacienda. Aparte del profundo sentimiento de injusticia que sintieron las familias afectadas, se afincó la creencia que hubo un retroceso de la modernidad, la introducción de nuevas técnicas y razas animales que hacían los latifundistas, al “barbarismo”¹⁶. O, en términos de una antigua dueña de una finca: “Cuando vino la Reforma, terreno bueno o malo se quedó con ellos, se empobreció la tierra, no descansó, no

¹⁶ Seemin Qayum, María Luisa Soux, Rossana Barragán, De terratenientes a amas de casa. La Paz: Ministerio de Desarrollo Humano, 1997, p. 85.

pusieron abonos, no mejoraron”¹⁷. Criterio no muy distinto del que expone el siguiente entrevistado:

“Dentro de la práctica me parece que no han dado buen resultado, en especial la reforma agraria (...) [los campesinos] no han podido superarse, teniendo un mejor trabajo, una mejor producción, más bien al contrario creo que han ido bajando, decayendo su producción porque al principio cuando habían las haciendas y habían los patrones, entonces el patrón, aparte de darles su pegujal propio para que lo trabaje, siempre estaba siempre dotándoles de semillas y de una serie de ayudas: elementos agrícolas, siempre les dotaba algo. El campesino trabaja en ese tiempo muy contento (...) Cochabamba llegó a tener el nombre de granero de Bolivia (...) La reforma agraria la afectó tanto que solamente si producen los campesinos es para abastecer el mercado local.”

H., Cochabamba, 1926, piloto, 1966

Tal vez sea imposible entender estas posiciones si no se subraya que en los valles, en especial en Cochabamba o en Chuquisaca, prosperó una elite que vivía de la producción de sus tierras y podía dedicarse plenamente a las actividades públicas, ajena a un trabajo diario. David Alvístegui comenta este punto: “Relajada su atención a los quehaceres del campo, y no teniendo actividad lucrativa alguna que les ocupase el tiempo de que tan holgadamente disponían, estos caballeros rurales, llenaron muy fácilmente, y con toda naturalidad, con la preocupación política el vacío de sus vidas en la ciudad”¹⁸. Opinión en el fondo cercana de Lidia Gueiler aunque la valoración difiere singularmente: “Señores de “rancio abolengo” y poco dinero, y damas de engreída tradición familiar constituyen la “crema de la sociedad” cochabambina que hasta entonces vivió del producto de la finca sin más contratiempos que el chisme de sociedad y el problema de la servidumbre”¹⁹.

Los comentarios sobre la reforma agraria ejemplifican los principales puntos de la “retórica conservadora” estudiada por Albert Hirschman²⁰. En efecto, por un lado, está presente la tesis del efecto perverso: el MNR quería mejorar la condición social y económica del campesinado, desarrollar la agricultura, apenas consiguió empobrecer al campesino y reducirlo a un minifundio de escasa utilidad, además de destruir la incipiente modernización rural encabezada por los patrones. Por otro lado, está la tesis de la inanidad: han pasado las décadas, y en realidad, la situación de los agricultores, del país en general, no ha cambiado. O, en términos de H. C. F. Mansilla, “La Revolución Nacional de abril de 1952 fue, en el fondo, innecesaria y superflua. Los efectos modernizantes generados por ese proceso hubiera tenido lugar, más tarde o más temprano, bajo un régimen dominado por las elites tradicionales, como ocurrió en la mayoría de los países latinoamericanos”²¹.

¹⁷ Seemin Qayum, María Luisa Soux, Rossana Barragán, De terratenientes a amas de casa, ob. cit., p. 84.

¹⁸ David Alvístegui, Salamanca (volumen 1). La Paz: Talleres gráficos bolivianos, 1957, p. 15.

¹⁹ Lidia Gueiler, La mujer y la revolución. La Paz: Amigos del libro, 1983, p. 22.

²⁰ Albert Hirschman, Deux siècles de rhétorique réactionnaire. París: Fayard, 1995, 295 p.

²¹ H. C. F. Mansilla, “La Revolución Nacional de 1952: un balance crítico” en Temas sociales (24), 2003, p. 113.

Si la reforma agraria fue el tema más polémico en los valles, en Santa Cruz el eje de la discusión se dio alrededor de los “loteamientos” urbanos, ocupación y posterior venta de tierras baldías dentro de la ciudad, que alienaron las simpatías de la elite cruceña. Muchos entrevistados fueron afectados directamente por acciones atribuidas en gran medida a la familia Sandoval Morón.

“Sandoval Morón nos quitó casi todo lo de la Avenida (...) Harto me quitaron y no me pagaron nunca, ni un medio”.

M., Santa Cruz, 1913, ama de casa, 1956

“En el caso de Santa Cruz, el gran apoyo del MNR, ¿cuál fue? Repartir todas las tierras urbanas, eso es lo que hizo el MNR en los años 50, 60, con sus caudillos. Los caudillos querían repartir las tierras en Santa Cruz, para bien o para mal no sé, pero repartían lo ajeno. El MNR nunca respetó la propiedad privada como concepto capitalista”.

H., Santa Cruz, 1952, ingeniero, 1978

Asimismo, el rechazo al MNR se alimentó gracias a la solidaridad con las reivindicaciones regionales y con la honda huella dejada por el asesinato durante el gobierno de Siles de jóvenes militantes de Falange en Terebinto seguido por el ingreso de campesinos de Ucuireña a la ciudad. Según Gary Prado, “esas muertes inútiles, así como la humillación inferida a Santa Cruz por la ocupación de la ciudad con milicias campesinas, generan una fuerte reacción popular; que se ve agravada cuando el gobierno detiene y exilia al Dr. Melchor Pinto”²². Para Santa Cruz, esos eventos jugaron un papel similar al de los fusilamientos de Chuspipata en el occidente. El intenso rechazo es hoy compatible con un reconocimiento al aporte de las políticas públicas del MNR para el despegue de Santa Cruz.

“Era en contra de los ucureños, fue una reacción total de todo el pueblo. Acá era sagrado el Club Social, la Catedral, la Plaza; que se entren como se entraron y hagan las atrocidades que hicieron los ucureños, entonces sí que hubo una reacción en contra (...) A todos nos impactó (...) No podemos dejar de reconocer que a raíz del 52, cuando el doctor Paz empezó a hacer la carretera Cochabamba – Santa Cruz, esas cosas, hemos podido salir más”.

M., Santa Cruz, 1933, secretaria contable, 1956

“En la época de Siles creo, mandó esos soldados a Santa Cruz que mataron seis, ocho jóvenes, muchachos, de Cochabamba mandaron. Fíjate, en hilera estaban los pobres cruceños, a uno con su cuchillo le hacían la barriga, las tripas, así los han hecho sufrir”

M., Santa Cruz, 1913, ama de casa, 1956

“Había una presión muy fuerte para tomar represalias contra la dirigencia cívica; mi padre no estaba de acuerdo con esa posición pues consideraba que los dirigentes cívicos estaban actuando en defensa de Santa Cruz, Melchor Pinto, Alfredo Pittari. Desgraciadamente en época de matonaje, de moronismo, de julismo (...) llega una invasión de ucureños y de Cliza y se produce la masacre de Terebinto”.

H., Santa Cruz, 1947, estadístico, 1978

Es aún más fácil imaginar el impacto de esos acontecimientos en Santa Cruz, cuando también produjeron emotivas repercusiones en otras ciudades, como recuerda Alfonso Ferrufino: “Los estudiantes de Cochabamba, falangistas,

²² Gary Prado, Poder y Fuerzas Armadas. La Paz: Amigos del libro, 1984, p. 86.

desde luego, y también trostkistas y comunistas y aún los que no militábamos en ninguna agrupación política, participamos en intensas manifestaciones de solidaridad con la juventud cruceña y repudio al Gobierno”²³.

Para los simpatizantes del MNR, y hasta para algunos de sus adversarios, la importancia de la obra de ese partido permitió el despegue económico de Santa Cruz e incluso estiman que los loteamientos urbanos aceleraron ese proceso de manera positiva.

“Por el MNR, crece Santa Cruz. Si no hubiera eso, Santa Cruz hubiera seguido siendo las cuatro cuadros a partir de la Plaza. Esto ha comenzado a ser grande precisamente por el loteamiento. Sabemos que es un atropello a la propiedad privada (...) Era para darle a los milicianos pero paradójicamente ha servido para que crezca Santa Cruz”

H., Santa Cruz, 1943, abogado, 1978

En toda la política revolucionaria del MNR, hubo un agravante que marcó a toda una clase social, elites y clases medias urbanas: los abusos y los atropellos que no estaban sólo reservados a los opositores declarados sino también a quienes no simpatizaban con el régimen. Por la ruptura social y política que provocó la revolución, el primer gobierno de Paz E. no fue una gestión ordinaria sino una que no dejó espacio para la indiferencia. La magnitud de los cambios alineó a las personas detrás o contra el proceso revolucionario y esos sentimientos eran difíciles de ocultar. Por su posición mayoritariamente crítica con la revolución, las clases media y altas urbanas se sintieron amenazadas, vulnerables, expuestas a duras medidas de control y de castigo. Los nombres de Gayán y de San Román alcanzaron una temible celebridad.

Para muchos, la represión se trató de una experiencia directa, como relata, bajo un nombre de ficción Hernán García, cadete del Colegio Militar dado de baja en 1953: “Se vivía en una gran prisión en medio de la amenaza constante de “compañeros”, entre agentes de seguridad y milicianos repartidos por decenas. El gobierno había nombrado para un organismo de represión denominado Control Político a un delincuente chileno de apellido Gayán (...) Se sentía más que vejado, humillado. Era necesario que sintiese en carne propia para confirmar todo lo que se comentaba entre tantas familias bolivianas²⁴”.

Otros detenidos sufrieron los campos de concentración: “Un hueso de la rodilla lo tenía zafado y sonaba al caminar como pan que se parte. Mis manos habían ya cicatrizado de las heridas que ocasionó el fino ripio de piedra triturada, cuando al día siguiente de nuestra llegada me obligaron a barrer con ellas, una parte del inmenso patio externo de la prisión”.²⁵ Fue la misma situación de Fernando Loayza, ministro por el PURS, quien narra las penurias en los campos de concentración: “El campo, con el organismo debilitado por el largo encierro, el hambre crónica –un asunto ya sin importancia- la desnutrición, el terror, la angustia, las torturas y el trabajo forzoso estaba completamente

²³ Alfonso Ferrufino, “Entre sueños y realidades, los desafíos de la política” en Opiniones y Análisis (63), 2003, p. 13.

²⁴ Hernán García, El ejército y la revolución de abril de 1952, ob. Cit., p. 107 y 171.

²⁵ Hernán Barriga, Laureles de un tirano. La Paz: Burillo, 1965, p. 147.

vencido, desecho, derrotado, acabado, moralmente perdido”²⁶. En esas circunstancias, los presos sintieron que en los campos de concentración, aparte de las torturas, estaban diseñados como una “prisión colectiva para suprimir la personalidad”²⁷.

Algunos entrevistados recibieron vejámenes, leves en comparación con el trato destinado a los adversarios (primera entrevista) o sintieron un ambiente general de temor aunque ellos mismos no corriesen riesgos por ser menores de edad (segunda).

“Bajaron los agentes del Control Político y nos dijeron quiénes éramos. Estábamos medio paralizados del susto (...) Cuando les dije “sí”, nos cruzaron a los dos con un latigazo que vino desde el hombre y me golpeó todo el pecho y nos dijeron que teníamos que subir al Jeep de Control Político para llevarnos a la oficina central (...) Finalmente con una patada en las nalgas nos botaron, esa es una de las cosas que más rabia me produjo y que hizo llorar amargamente a mi abuela”.

H., La Paz, 1938, filósofo, 1966

“Hemos sentido la situación de los milicianos (...) Era un poco así, de psicosis: miedo de que no salgas, ese tipo de situación por allá por el cincuenta y tantos, 58, se sentía ese miedo. Después con el cambio ya vino la época de Barrientos, ya más suelto, más libre, sin mucho criterio político pero uno sentía que podía vivir sin tanto temor, sin tanta situación de cuidarnos de muchas cosas, no sé de qué pero de algo teníamos que cuidarnos”.

M., La Paz, 1953, economista, 1978

Personas nacidas muchos años después de la caída del MNR escucharon los relatos de sus familiares sobre las exacciones de los milicianos y de los militantes del MNR en los años posteriores a 1952. A menudo, quedó un sentimiento emocional de rechazo al MNR, como relata el siguiente entrevistado que nunca votó por ese partido, en una presidencial.

“Ahora yo puedo reconocer perfectamente que ha sido Paz Estenssoro un gran presidente (...) Había escuchado a mi padre hablar quince años sobre lo desgraciado que era este hombre para el país: cuando subió [al gobierno en 1985] yo me horroricé, te juro, yo he sentido miedo (...) Los milicianos iban a la tienda a cobrar el impuesto revolucionario, cometían abusos, en la esquina de la casa un grupo de milicianos tenía un comando, y [mis familiares] recordaban con horror cómo violaban a las cholitas, cómo disparaban a los transeúntes”.

H., La Paz, 1970, comunicador, 1991.

Para las mujeres, existen otros temas suplementarios para protestar contra el MNR revolucionario: el desabastecimiento de productos agrícolas que siguió a la reforma agraria, la inflación que creaba dificultades para administrar la economía del hogar, el temor a represalias que afecten directamente a la familia.

“Subió el MNR y ahí fue la desgracia (...) Llegábamos a fin de mes ya sin dinero (...) Le subieron el sueldo [a mi esposo], estuvimos muy bien un tiempo, pero después otra vez seguía la inflación, era terrible, y como no se conseguían las cosas, todo era el doble, una cosa bárbara (...) En esa época no había mucha libertad, había muchos problemas con el MNR (...) Siempre

²⁶ Fernando Loayza, Campos de concentración en Bolivia. La Paz: Burillo, 1966, p. 90 – 91.

²⁷ Fernando Loayza, Campos de concentración en Bolivia, ob, cit., p. 429.

había miedo que tomen preso [a mi esposo] y lo manden a Curahuara de Carangas”

M., Estados Unidos, 1930, labores de casa, 1956

“Eso fue terrible (...) se cometieron tantos abusos, tantos atropellos, tanta maldad (...) Se cometieron atrocidades, ¿cómo iba yo a estar de acuerdo con eso? Para nada, ni se podía hablar, era que la sirvienta te delataba, escuchaban así, iban a delatar, que han dicho esto, lo otro, que hubieras dicho algo en la intimidad de tu hogar alguna cosa contraria al gobierno y eso bastaba (...) Mi marido y yo no teníamos nada que temer y sin embargo él me decía: no vayas a hablar por teléfono nunca de algo de lo que está pasando para evitar disgustos”.

M., Beni, 1925, labores de casa, 1956

Lejos de ser un caso aislado, el sentimiento de violación a la privacidad y el carácter popular de la revolución que avivó los antagonismos sociales, era un sentimiento compartido. Julio de la Vega testimonia: “Lo más repudiable del MNR es eso, los campos de concentración y la intervención en los teléfonos, por ejemplo, era sistemático eso de los pinchazos en los teléfonos. Había mucho miedo, hasta de hablar dentro de la casa, porque de repente la cocinera ya estaba en el sistema y corría con chismes y denuncias”²⁸. Según cuenta Hernán Barriga, en el asalto a una casa, después de revisar los cuartos, el encargado de la operación se despide del mozo: “Si tienes algún reclamo contra estos oligarcas, pasa, compañero, por Control Político y te haremos justicia”²⁹. Esos recuerdos de la época revolucionaria influyen aún en los comportamientos de los electores de mayor edad. Prosiguiendo con la entrevista anterior, pese a la simpatía que puede despertar el estilo de Sánchez de Lozada, la perspectiva de votar por él o por el MNR recibe la siguiente respuesta:

“Yo no votaría por el MNR, creo que nunca. Ya es algo como una especie de principio que se me ha fijado aquí adentro. Goni me sigue gustando a mí”.

M., Beni, 1925, labores de casa, 1956

La caída de Paz E. en 1964 fue recibida con gozo y alegría por las personas contrarias al régimen revolucionario. De allí la admiración por Barrientos; la expectativa en estos grupos no era probablemente revertir las medidas adoptadas en 1952 sino ver destronado a un presidente temido aunque sus políticas mostrasen una orientación más de derecha a partir de su segundo período. Las elites pensaron que el nuevo régimen les sería más favorable, hasta retornaron a las primeras posiciones muchos exilados o perseguidos. Concluía una etapa donde las clases medias y altas urbanas se sintieron amenazadas por el poder exhibido por los grupos populares en torno al MNR. Como anécdota reveladora, en los meses siguientes a la caída del MNR se escribieron o publicaron varios de los libros, que por su importancia y su volumen constituye un género aparte en la bibliografía sobre la revolución de 1952: las memorias de los opositores o de las víctimas de la época del MNR³⁰.

²⁸ Julio de la Vega (entrevista a) en Fundación Huáscar Cajías K., Visiones sobre la revolución. La Paz: Fundación Huáscar Cajías K., 2002, p. 80.

²⁹ Hernán Barriga, Laureles de un tirano, ob. cit., p. 27.

³⁰ Sin ser exhaustiva, se puede mencionar: Hernán Barriga, Laureles de un tirano, ob. cit. (concluida en enero de 1965); Hugo Roberts, La revolución del 9 de abril, ob. cit. (diciembre de 1965); Fernando Loayza, Campos de

Conviene concluir esta sección con un apunte sobre la violencia de la revolución de 1952. Las elites bolivianas se sintieron golpeada por ella: exilios, campos de concentración, asesinato de opositores, abusos de los organismos de control político, ambiente cargado de amenazas. Hugo Roberts vio el designio de “arrasar en Bolivia con todo liderazgo de raíz hispánica”³¹. Empero, para S. P. Huntington, la breve permanencia del MNR en el poder se debió en parte a una violencia contenida: en otras palabras, la escasa sangre derramada favoreció que prosigan las actividades conspirativas y las tensiones internas. En palabras suyas, “los bolivianos no se sintieron agotados con su revolución y la proclividad de Bolivia a la violencia quedó insatisfecha”³². Sea o no exacta esa apreciación, otros observadores creen que se lograron significativas transformaciones –independientemente de cualquier valoración– con muy poca violencia. Además, a pesar de la novedad que constituían los campos de concentración en Bolivia, ellos no fueron la “esencia” del régimen, como pudieron ser los campos nazi o soviético³³, fueron más bien un “accesorio”: los reclusos se cuentan por centenares más que por miles, el funcionamiento se prolongó sólo por unos años y la inmensa mayoría de los presos sobrevivieron a los campos.

Aquí, no se puede ignorar el papel jugado por los lazos sociales: los conductores de la revolución de 1952 pertenecían a la misma elite que se sintió perjudicada con los cambios, dirigieron un profundo cambio en las estructuras del país pero “no llevaron a cabo cambio alguno en sus propios estilos, esencialmente burgueses, de vida”³⁴. Al mismo tiempo que el MNR afectó a muchos grupos de clase media y alta también los protegió. Sus detractores de la época no lo percibieron así, más bien consideraron que las acciones revolucionarias estaban motivadas por las pasiones más bajas de un grupo que buscaba lugares sociales y políticos que no le correspondían. Roberto Prudencio despachó en breves líneas a los jefes del MNR, “un grupo de ambiciosos, disfrazando su resentimiento social en un nacionalismo exacerbado, disimulando su odio a toda selección y a toda elite en una aparente defensa de los intereses populares”³⁵. Marof, después de catalogar a los movimientistas como “subclase media”, hace el siguiente retrato: “el conjunto se componía de necesitados, de hijos pródigos, de badulaques, de esos que son una carga para las familias, ovejas negras dispuestos a cualquier aventura, sin profesión conocida, vagos o malentretidos, pero que “el talento y la astucia” del fiero Montenegro, los había reunido, llamándolos “nacionalistas”³⁶.

concentración en Bolivia, ob. cit., (abril de 1966); en un registro diferente, Tristán Marof, Breve biografía de Víctor Paz Estenssoro. La Paz: Burillo, 1965.

³¹ Hugo Roberts, La revolución del 9 de abril, ob. cit., p. 259.

³² S. P. Huntington, El orden político en las sociedades en cambio. Buenos Aires: Paidós, 1972, p. 288 – 289.

³³ Cf. Imre Kertész, Un instante de silencio ante el paredón. Barcelona: Herder, 2002, p. 33.

³⁴ James Malloy, Bolivia: la revolución inconclusa, ob. cit., p. 225.

³⁵ Roberto Prudencio, “Prólogo” a Jorge Siles, La aventura y el orden. Santiago: Bustos y Letelier, 1956, p. 2.

³⁶ Tristan Marof, Breve biografía de Víctor Paz Estenssoro, ob. cit., p. 137 – 138.

Sin embargo, el poder revolucionario nunca perdió los contactos con la maltrecha elite, sensible hasta en detalles, como se desprende de la entrevista siguiente, donde un férreo opositor al MNR recuerda una charla con Paz E. en una reunión social en una embajada:

“Me dijo: mientras yo esté de Presidente, nadie lo va a tocar a Ud. y Ud. va a tener entrada libre al Palacio en el momento que quiera para que vea Ud. que yo no lo he hecho asesinar a don Luis Calvo”

H., Potosí, 1924, abogado, 1947.

En otra faceta, pero en la misma dirección, se encuentra el recuerdo de Clotilde Lemaitre de Arauco, esposa de un alto líder del partido: “Entre los amigos había muy pocos en el MNR, nunca hubo simpatía hacia el partido en cierta clase social que consideraba que estábamos metidos en un gobierno de cholos. Pero, a pesar de eso, eran amigos y conservamos su amistad, inclusive la de aquellos que con las reformas sufrieron expropiaciones. (...) Fueron horas de mucha tensión, los amigos y amigas nos llamábamos continuamente y recuerdo que en algún momento hablé con Dora Herrera, que no sabía donde guardar su platería”³⁷. Casi no hay dirigente importante del MNR que no tenga entre sus recuerdos y anécdotas del período más intenso de la revolución, acciones de ayuda a los miembros caídos de la elite, gestos que en otros contextos revolucionarios podían acarrear la ruina de los magnánimos.

La influencia de esos eventos resulta indirecta para las generaciones jóvenes: no cabe duda de que el MNR se convirtió en gran medida en el partido base de la estructura política boliviana, frente al cual no existían medias tintas, la gente se encontraba a favor o en contra. La revolución de 1952 proyectó una sombra tan grande que no dejó indiferentes o indecisos. Las nuevas generaciones recibieron esa herencia de gustos y rechazos pero evalúan al MNR en función de otros parámetros, en especial la política gubernamental de la última gestión de Paz E. y de Sánchez de Lozada. Siguiendo los análisis de Maurice Halbwachs, el fundador de la sociología de la memoria, con las nuevas preocupaciones, desaparecieron o se debilitaron los cuadros sociales de la memoria sobre la revolución de 1952. Su recuerdo ya no es considerado pertinente para tomar decisiones en el presente, pertenece a un pasado útil para las viejas generaciones como lo afirma el siguiente entrevistado.

“Los viejos no votan por el MNR por más que se esté cayendo el mundo. Es por el tema de, ¿qué año fue que mandaron los ucureños? Yo no viví eso, entonces yo no siento eso, pero ellos sí lo sienten; cuando había Ñanderoga, que era una casa de tortura aquí y eran los emeneristas... Entonces, la gente, por lo menos en mi familia, mis tíos que los últimos diez años han estado votando por el MNR ha sido más que todo por Goni, incluso se formó aquí en Santa Cruz un grupo de gente para apoyar a Goni, así se identificaban, no se identificaban con el MNR”.

H., Santa Cruz, 1964, ingeniero, 1985.

2 La nueva apuesta del Movimiento Nacionalista Revolucionario: de Paz Estenssoro a Sánchez de Lozada

³⁷ Clotilde Lemaitre de Arauco (entrevista a) en Fundación Huáscar Cajías K., Visiones sobre la revolución, ob. cit., p. 46 – 47.

Si, en general, la revolución de 1952 despertó en las clases altas y medias una hostilidad hacia el MNR, el proceso liberal que se abre en 1985 le granjeó más bien admiración, apoyo, confianza. Los entrevistados destacan a menudo que los gobiernos de Paz E. (1985-1989) y Sánchez de Lozada (1993-1997) demostraron eficiencia para alcanzar los objetivos propuestos y llevaron a cabo reformas importantes y útiles para modernizar la economía y la sociedad boliviana, con métodos enérgicos y cuadros capacitados.

En efecto, la mayoría de los entrevistados consideran que el MNR rediseñó el país en esas dos administraciones: redujo la importancia del Estado en la economía, redistribuyó recursos y competencias a los municipios, contrajo el poder del sindicalismo, insistió en que la modernización pasaba por ofrecer mejores condiciones para el sector privado nacional y extranjero, para los sectores técnicos y académicamente bien formados y por ampliar la capacidad exportadora. No en vano, las elites consideran que el decreto 21060, que frenó en seco la inflación, la Participación popular, la Capitalización y la Ley 1008, son las medidas más importante del período democrático, independientemente de la valoración, positiva o negativa, que le otorguen³⁸.

Muchas adversarios de la revolución de 1952 vieron en la última presidencia de Paz E. un nuevo estilo que les complació, una administración adecuada del Estado, medidas positivas para recuperar la economía y controlar a los grupos populares que a través de los sindicatos pusieron en jaque a Siles, una adecuación a los derroteros por los cuales se dirigía la economía mundial. Ese elogio se escucha casi sin distinciones políticas, en especial en la derecha, como lo confirman tres personas ajenas al MNR.

“Era necesario un ajuste (...) No soy partidario, ya le he dicho, del MNR, pero Paz Estenssoro ha hecho lo que tenía que hacer, qué poco le han entendido, sí señor”.

H., Oruro, 1926, agrónomo, 1951

“Hubo una mutación dentro del MNR (...) Teníamos que cambiar fundamentalmente la actitud que tuvo la UDP. Entonces se empieza a perfilar una visión nueva, una política nueva en Paz Estenssoro. El 21060 en aquel momento fue estructuralmente ponerle el freno de mano al auto que estaba en bajada (...) Se vio con buenos ojos que hubiese pasado aquello”.

H., Cochabamba, 1955, administrador, 1978.

“Ha subido Paz, ha mandado, así se le hayan venido los mineros encima, se le echaban en las calles, ha decretado estado de sitio, ¡fuera!, así griten, ha mantenido un orden, me da pena que ahora no hacen eso”.

M., Santa Cruz, 1947, economista, 1978

En las clases altas, no se trataba tan solo de evaluar una acción coyuntural: si ellas juzgaron el último período de Paz E. con tanta satisfacción es porque existió probablemente la impresión de que se trató de la antítesis de su primer mandato, tan mal vivido en su momento. Se siente en las entrevistas de las personas de mayor edad que Paz E. dio un giro político, económico, social tan radical que podría hablarse, sin su connotación religiosa, de una redención del fundador del MNR. Para esas personas, ello no bastó para inducir un voto a favor del MNR por el divorcio de décadas, pero permite entender cómo las nuevas generaciones del mismo grupo social se adhirieron al proyecto del

³⁸ Salvador Romero Ballivián, Reformas, conflictos y consensos. La Paz: Fundemos, 1999, p. 75.

MNR³⁹. Probablemente existió, como observa con ironía el último entrevistado, un intento de reconciliación social con la clase más penalizada durante la revolución de 1952.

“Gobernó bien Víctor, gobernó bien de todo lo malo que había hecho el primer gobierno (...) No metía preso a nadie en la cárcel, bien gobernó esos cuatro años [1985-1989] (...) Vendría ya pues con otras ideas y ya no habían barzolas”.

M., Santa Cruz, 1913, labores de casa, 1956

“El gobierno de Paz, el último, me pareció bueno. Se había reivindicado de todo lo anterior, de todo lo nefasto, como un borrón de todo lo anterior, me parece que fue un buen gobierno”.

M., La Paz, 1941, funcionaria pública, 1966

“Ha sido un gobierno que hizo cambios muy importantes (...) Ese gobierno ha ido rectificando algunas de sus medidas de sus primeros períodos (...) Ese gobierno es reconocido por todas las personas, por todos los ciudadanos”.

H., Cochabamba, 1925, piloto, 1966

“En su cuarta presidencia, nombró a todos sus ex enemigos en los cargos diplomáticos para hacer un sana - sana”.

H., Cochabamba, 1932, economista, 1956

La retirada política de Paz E. se dio en medio de una aclamación general – en la clase media y alta- como lo resumen las frases de un hombre que nunca votó por él.

“Es un icono que va permanecer ahí, yo creo que como político ha sido el tipo, el más inteligente que ha podido haber (...) Permanecerá a través del tiempo con lo mejor que pudo hacer”.

H., Cochabamba, 1955, empresario, 1978

Concluido el medio siglo de liderazgo de Paz E., se abrió un período de renovación encabezado por Sánchez de Lozada. La orientación asumida por el MNR en 1985 más el perfil del nuevo dirigente, formado en Estados Unidos, exitoso empresario privado, acreditado por ser el ejecutor de las reformas liberales, dotado de un estilo político y retórico novedoso⁴⁰, se convirtieron en poderosos mecanismos que acercaron al MNR y a los grupos altos y medios. Entre los simpatizantes del partido, el abandono del nacionalismo-revolucionario no planteó dificultades. La exitosa transición de un modelo económico y social a otro era suficiente para conservar la identificación con el MNR, que además ganaba un prestigio que no tuvo en los años de la transición a la democracia.

“Yo soy un movimientista paz estenssorista (...) He visto el liderazgo gerencial, el liderazgo proactivo, empresarial de Sánchez de Lozada, queriendo llevar al país a una cosa totalmente casi científica, con el asesoramiento de Jeffrey Sachs y toda la gente de economistas que sabe hacer política frente a todos

³⁹ Si bien en los primeros años de la democracia, los partidarios de Banzer y de ADN eran el segmento político más relevante e influyente en la elite boliviana, a partir de 1989 ese lugar es ocupado por los “adeno – gonistas”. Salvador Romero B., Razón y sentimiento, ob. cit., p. 271 – 273.

⁴⁰ José Antonio Mayorga, Gonismo, discurso y poder. Cochabamba: Universidad Mayor de San Simón, 1996, 175 p.; Carlos Mesa, “Apuntes sobre el gonismo” en ILDIS, Nuevos actores políticos. La Paz: ILDIS, 1993.

los demás partidos más o menos improvisados, más o menos un poco populistas”.

H., La Paz, 1946, psicólogo, 1978.

Para las personas que comenzaron a votar por el MNR en las elecciones de 1989 ó 1993, las razones de atracción no son muy distintas: seducción por un dirigente considerado inteligente y bien preparado, capaz de convencer a técnicos y a intelectuales, por un proyecto innovador, diferenciado incluso de la organización partidaria que seguía despertando reticencias, por una trayectoria que no tenía los lastres que arrastraba la candidatura de Banzer.

“Me parecía que iba a ser un cambio, era como otra época del MNR (...) [Sánchez de Lozada] era un empresario, una persona con grandes ideas que podía hacer un cambio, de los otros ya había escuchado hablar más de la cuenta”.

M., La Paz, 1965, trabajadora independiente, 1987

Muy pocos, como la siguiente entrevistada, se muestran completamente reacios a la personalidad del jefe del MNR.

“Goni, te lo dedico porque tiene una boca de lagarto que me llega hasta aquí”.

M., Santa Cruz, 1947, economista, 1978.

Más corrientemente, hasta entre quienes no sufragaron por Sánchez de Lozada o no simpatizan con el MNR, se encuentra personas bien dispuestas para evaluar sus cualidades personales o su acción como mandatario. El ritmo reformador que impuso a su primer gobierno despierta admiración, incluso fuera del círculo de sus electores.

“Goni me sigue gustando, no creo que se haya enriquecido más de lo que es con su gobierno; lo considero un hombre sumamente inteligente”.

M., Beni, 1925, labores de casa, 1956

“Era un tipo interesante, era reformista, estaba tratando de mantener el modelo, le dio estabilidad. En cierta medida luchó contra la corrupción destapando lo de los narcovínculos, no con Revollo”.

H., La Paz, 1970, comunicador, 1991

Más allá de ese elemento, el balance de la gestión presidencial 1993-1997 ofrece dos lecturas. Para algunos, el conjunto de su obra es digno de destacar: se trata de una posición minoritaria, frecuente entre los electores más apegados al MNR o a Sánchez de Lozada. Ningún gobierno democrático ha conseguido dar una personalidad propia a tantas de sus leyes, evocadas espontáneamente para la alabanza o la censura, discutidas muchos años después de su aprobación. La Ley de Participación Popular, la Capitalización, las medidas de protección social son comentadas con frecuencia.

“La formación en primer lugar de más de 800 municipalidades en este país ha sido una gran cosa, en segundo lugar darles la plata por primera vez (...) Esa Participación Popular ha sido una excelente cosa, después la protección de los ancianos y la cuestión de la Capitalización.”

H., Oruro, 1907, ingeniero, 1930

“La Capitalización es lo más adecuado porque acelera el proceso (...) El Bonosol, la atención a la madre gestante son medidas de equidad (...) La Participación Popular es la medida más izquierdista desde el 52”.

H., La Paz, 1950, psicólogo, 1978.

Para los otros, el juicio se da en claroscuro. La principal crítica gira entorno a la ley de Capitalización, a menudo vista con reserva, o bien porque sus resultados son difíciles de interpretar incluso años después de su ejecución o porque se la

considera negativa, por lo menos para algunas empresas como el Lloyd Aéreo Boliviano (LAB) o para Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos (YPFB), en particular porque los importantes descubrimientos de gas plantearon controversias sobre el grado de control que tenía el Estado sobre ese recurso natural.

La privatización de las grandes empresas públicas se convierte así en el punto más polémico, con muy pocos partidarios convencidos. En cambio, la ley de Participación Popular encuentra una amplia aceptación si bien se lamenta que hubo, por lo menos al inicio, un mal uso de los recursos por parte de los municipios. Curiosamente, el Bonosol, uno de los principales argumentos opositores del MNR en el período de Banzer y durante la campaña electoral de 2002 ha tenido un impacto limitado: sin duda en el grupo estudiado, ese beneficio llamó poco la atención.

Los primeros testimonios de escepticismo o crítica con la capitalización vienen de sus propios electores, de 1993 o incluso desde 1989.

“Es una persona que va adecuando al país a la evolución de la política abierta, por esa parte yo veo la intención de hacer cambios sustanciales en la adormilada política nuestra (...) La imaginación que tuvo Sánchez de Lozada para aplicar esas medidas ha sido muy buena (...) Pienso que la Participación Popular fue una medida acertada (...) Lo primero que hacía el alcalde era comprarse una súper vagoneta, comprarse unas dos volquetas y arreglar su plazuelita (...) Respecto a la Capitalización, si tu entiendes bien lo que es una capitalización, creo que es una cosa interesante pero estratégicamente ha habido algunos errores”.

H., Cochabamba, 1955, administrador, 1978.

“No cumplió las expectativas que yo esperaba y creo que mucha otra gente también: (...) sacar al país adelante de la manera que lo hizo el doctor Paz, dictar una medida bien, que resulte. Hizo la capitalización que puede ser buena como puede ser mala, yo no te puedo decir eso porque no he visto resultados, mucho menos resultados buenos”.

M., Santa Cruz, 1968, historiadora, 1989

“Fue acertado: (...) en líneas generales yo estaba satisfecha con ese gobierno. (...) La Capitalización me parece lo más negativo porque creo que fue un proceso no transparente, pero la Participación Popular me parece uno de los aciertos más interesantes”.

M., Santa Cruz, 1968, comunicadora, 1989.

Para quienes siempre han mantenido distancias con el MNR, las críticas son más severas. Los entrevistados insisten en los malos resultados de la Capitalización de las empresas públicas e insisten que los efectos negativos recién se empiezan a sentir a inicios del siglo XXI, lo que acentúa el temor sobre un futuro nacional con dificultades. Para quienes se identifican con la izquierda, el rechazo se agrava como se nota en las dos últimas entrevistas.

“Sus Capitalizaciones me parecieron un desastre y las consecuencias las estamos pagando ahora. Capitalizó así, a como dé lugar”

M., La Paz, 1941, funcionaria pública, 1966

“En estos últimos meses se han suscitado una serie de conferencias sobre el petróleo, sobre la línea bandera, en fin sobre todas las otras líneas que se han capitalizado (...) Conclusión: es para realmente encolerizarse, para decepcionarse”.

H., Oruro, 1926, agrónomo, 1951

“Desde el punto de vista económico yo no comparto para nada su famosa Capitalización aunque evidentemente ha salido de lo ortodoxo, comparando con Chile: ha habido iniciativas muy interesantes pero ningún país se ha dado el lujo de capitalizar a empresas extranjeras elementos estratégicos, eso ni Chile lo ha hecho (...) Ha sido uno de los errores fundamentales que recién estamos empezando a pagar las culpas (...) Para mí es un avance re- importante el tema de Participación Popular.”

M., Cochabamba, 1957, socióloga, 1978

“Recién el país está despertando de la pesadilla de la Capitalización, recién el país se ha dado cuenta de la enorme infamia que se ha cometido con el patrimonio nacional (...) De un empresario exitoso no puedes permitir que haya enajenado el gas de esa manera (...) Hay una conciencia nacional que hemos perdido el gas”.

H., Cochabamba, 1932, economista, 1956.

En los grupos altos, el encanto de Sánchez de Lozada declinó. Su actuación opositora durante el gobierno de Banzer con iniciativas polémicas y la pérdida de la frescura en el discurso desconcertaron a sus electores.

“Últimamente está hablando muchas macanas y mucho me temo que los años también lo están afectando”.

M., Estados Unidos, 1930, labores de casa, 1956

“Últimamente lo he estado viendo, he estado hace poco en una conferencia, charla que ha dado, mucho más apagado de lo que él era antes”.

H., Cochabamba, 1969, economista, 1991

Sin embargo, ese desencanto no impidió que en 2002 tuviese una sólida votación en las clases altas que lo vieron como el último recurso en una situación percibida con dramatismo. Los resultados de un panel que permitió seguir las trayectorias electorales de la elite entre son ilustrativos. El primero muestra la distribución de la votación y el segundo sigue la evolución de los participantes del panel entre 1997 – 2002.

Cuadro 1 Elección 2002, votos recordados por las personas que respondieron el cuestionario

Cuadro 7 Elección 2002, votos recordados por las personas que respondieron el cuestionario

Partido	MNR	MAS	NFR	MIR	ADN	L y J	MCC	PS	Blanco - nulo - abst.	Ausentes	Número de casos
Votos recordados	94	7	7	10	22	2	2	2	10	20	176
Porcentaje ⁴¹	60.2	4.4	4.4	6.4	14.1	1.2	1.2	1.2	6.4		100
Porcentaje	53.4	3.9	3.9	5.6	12.5	1.1	1.1	1.1	5.6	11.3	100

Cuadro 2 Movilidad electoral 1997 – 2002 de las personas que respondieron el cuestionario

Votos	MNR 97	ADN 97	MIR 97	MBL 97	UCS 97	VSB 97	Blanco Nulo Abst. 97	IU 97	No recuerda / Ausentes	Debutantes 2002
MNR	26	23	8	17	2	2	4		5	4

⁴¹Los porcentajes de los partidos se calculan primero con respecto a los votantes efectivos, luego incluyendo las respuestas de los ausentes.

02										
MAS 02				1	1	1	1	1		2
NFR 02	2	3			1	1				
MIR 02		1	8	1						
ADN 02	1	16	1	1	2					1
L y J 02	1			1						
PS 02		1					1			
MCC 02					1				1	
Blanco Nulo Abst. 02	1				1		6			

Para concentrar el análisis únicamente en el MNR, hay varios datos relevantes. Primero, el MNR tuvo una significativa capacidad para concentrar el voto de la elite boliviana y aprovechó bien el derrumbe de su principal competidor en ese segmento, ADN. Las otras organizaciones tuvieron poco peso para enfrentarlo. Luego, las evoluciones entre 1997 – 2002 indican que Sánchez de Lozada consiguió retener a la mayor parte del electorado que respaldó a Durán, absorbió a franjas importantes de los votantes de ADN y recibió sin inconvenientes el apoyo proveniente de su aliado, el MBL. Se trata, por supuesto, de evoluciones que conciernen únicamente a los estratos acomodados del eje central; los datos se encuentran respaldados por investigaciones más amplias⁴².

Pese a la contundencia de las cifras, en el electorado no hubo el mismo entusiasmo 1993. Su segundo gobierno no despertaba grandes expectativas, ni siquiera entre sus electores, deseosos ante todo de cerrar una página donde sintieron que el país erró sin rumbo. Hubo una demanda mínima, la esperanza, más que la seguridad, que un nuevo gobierno de Sánchez de Lozada revertiría la crisis económica, afianzaría la maltrecha autoridad del Estado ante los envalentonados movimientos populares y devolvería la paz social, impondría honestidad en el manejo de los recursos públicos. Ninguno desconocía que su período enfrentaría dificultades serias, en continuidad con los problemas que sacudieron la administración de Banzer, y que su fracaso tendría costos elevados para el país. La alianza con el MIR, un partido poco apreciado en el grupo estudiado, fue sin embargo considerada como la más adecuada, necesaria para el país en un momento crítico, aunque no dejan de lanzarse dardos contra el partido de Jaime Paz. Las entrevistas siguientes corresponden a votantes del MNR en 2002 –y en varios casos, electores constantes del MNR desde hace varias elecciones.

“Debe haber un cambio en la actitud de los partidos políticos, por lo menos de los que han tomado el poder de cumplir ofertas electorales primero; segundo, administrar con total transparencia y honestidad el poder, cosa que es bien difícil pedirles a los políticos (...) Sin eso, yo creo que con seguridad, que la próxima votación nacional que se realice, o me sumaré a ese sentido de votar por algo que no sabemos a dónde nos llevará o me recluiré al voto en blanco para no ser responsable del caos que se produzca”

H., La Paz, 1963, abogado, 1985

“Creo que no es en este momento el mayor desafío por dónde vamos a vender el gas, sino como vamos a evitar la guerra civil, eso es lo que tenemos que pensar y ese es el desafío del gobierno (...) En esto tiene razón Paz Zamora, hagan lo que hagan van a ser mal vistos (...) [El MIR] ha actuado patrióticamente para ayudar a viabilizar el gobierno (...) [pero] cuando ya acepta gobernar, pide más de lo que tiene”.

H., La Paz, 1946, psicólogo, 1978

“Va a ser la alianza más coherente (...) Hay una cierta coincidencia en los programas económicos, si bien las propuestas del Jaime Paz son a veces disparadas (...) Va a ser complicadísimo, tiene un Parlamento bien poblado de radicales (...) Ordenar un poco la cosa económica, atraer inversiones

⁴² Carlos Borth, Silvia Chávez, Elecciones 2002 (resultados y transformaciones). La Paz: Fundemos, 2002, 196 p. Salvador Romero B., “La elección 2002: una visión de conjunto” en Opiniones y Análisis (57), 2002, p. 157 -

nuevamente, que es lo que está fallando, y en la cosa de la corrupción yo tengo muchas esperanzas en Carlos Mesa”

M., La Paz, 1961, música, 1985.

Para quienes no sufragaron por el MNR, o que no le tienen simpatía, la presidencia de Sánchez de Lozada fue recibida con alivio. La perspectiva de un gobierno del MAS fue suficiente para considerar que el MNR era la mejor opción aunque esa creencia va de la mano con el temor, la incertidumbre ante el futuro, percibido con rasgos amenazadores. Los primeros pasos de la gestión de Sánchez de Lozada no disiparon las inquietudes pues el presidente fue percibido como demasiado dubitativo. Es por eso también que pese a las reservas que despierta el partido de Jaime Paz, hubo una aceptación de la alianza MNR – MIR, juzgada indispensable para encarar el complicado escenario social, político y económico. Como entre los votantes del MNR, flota en el ambiente la idea que un fracaso de la gestión de Sánchez de Lozada colocaría al país al borde del precipicio. Así opinaron, en orden sucesivo, votantes de ADN, del PS y del MIR.

“Rogaba, imploraba que Jaime le de por favor a Goni, que le den, para que Goni suba, aunque Goni no me gusta, pedía a gritos a Goni (...) He pensado que iba a ir como la otra vez, dictar sus medidas y se hacen cumplir las medidas sí o sí (...) Muy dubitativo, no lo veo como era antes (...) Pero todavía tengo confianza que puede mejorar esto”

M., Santa Cruz, 1947, economista, 1978.

“Las cosas van a ser muy, muy duras (...) Generalmente el MNR ha tenido gente muy capaz a su alrededor (...) Lo único que espero es que no caigamos más abajo. (...) Tienen que subir precios de la gasolina, tienen que ajustarse los cinturones, no va a ser un período fácil (...) Las decisiones que tienen que tomar es algo que no pueden zafarse y eso va a agravar más la situación”

M., Santa Cruz, 1977, economista, 1995

“He sido un partidario decidido de que esta alianza se haga (...) porque era una manera de dar gobernabilidad (...) Difícil por los problemas que enfrenta: tiene que decidir el problema del gas, donde cualesquiera sean las definiciones que se tomen van a dejar una buena parte de la población insatisfecha, porque no veo salidas inmediatas al problema del desempleo, a la crisis económica (...) No hay soluciones para Bolivia”

H., La Paz, 1938, filósofo, 1966

Las violentas jornadas de febrero de 2003 cayeron como balde de agua fría sobre las expectativas de la clase alta y media en el gobierno de Sánchez de Lozada. Se cumplieron muchos temores y el MNR no pudo marcar diferencias con la gestión de Banzer en el manejo de los conflictos. Se abrió así un interrogante sobre el futuro de la presidencia de Sánchez de Lozada, del MNR y del país.